

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

Luc., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 11 Agosto 1906.

Núm. 32.

Catequística.

(Continuación).

Era la circuncisión una operación que consistía en lo que la palabra significa: la cual palabra, compuesta de *circum* (alrededor), y de *incisio* (cortadura), vale tanto como cortar en derredor. Pues, en efecto, eso se hacía en la circuncisión, cortar la piel en lo característico del varón (*circa virilia*).

Ceremonia era esta muy santa y de institución divina; pues vemos que fué establecida por Dios é impuesta bajo grave precepto á Abrám y á todos sus descendientes varones; y lo fué como señal del pacto que el Señor acababa de celebrar con aquel gran Patriarca y padre del pueblo escogido; cuyo pacto consista en constituir Dios á Abrám por padre de un gran pueblo, y en aceptar Abrám esta paternidad y tener fe en las divinas promesas, en prueba de lo cual debería circuncidar á todos sus descendientes de sexo masculino. El pacto se realizó de esta manera:

«Habiendo entrado Abrám en los noventa y nueve años, apareciósele el Señor y le dijo: Yo soy Dios Omnipotente; anda (rectamente) en mi presencia y sé perfecto.

Y pondré mi alianza entre Mí y ti; y te multiplicaré prodigiosamente sobremanera.

Desplomóse Abram de rodillas sobre la tierra.

Y dijole Dios: Yo soy, y mi pacto (hecho queda) contigo; y serás padre de muchas gentes.

Y en adelante ya no será más tu nombre Abrám, sinó que serás llamado Abrahám, porque te he constituido por padre de muchas gentes.

Y estableceré mi pacto entre Mí y ti, y entre tu descendencia después de ti, en sus (diferentes y sucesivas) generaciones con una alianza sempiterna, para ser el Dios tuyo y de tu descendencia después de ti.

Y te daré á ti y á tu posteridad la tierra de tu peregrinación;

toda la tierra de Canaán en eterna posesión, y seré el Dios de ellos.

De nuevo dijo Dios á Abrahám: Guardarás, pues, mi alianza tanto tú como tu posteridad después de ti en sus generaciones.

Este es (el sello de) mi pacto, que guardaréis entre Mí y vosotros, y tu posteridad después de ti: Todo varón de los vuestros será circuncidado...

El niño de ocho días será entre vosotros circuncidado...

Y el alma de aquel que no se circuncidare será borrada de mi pueblo porque no ha cumplido con mi pacto» (1).

Por este relato de la Sagrada Escritura se ve muy bien en qué consistió la circuncisión; y también se ve que era una señal santa con que se sellaba el pacto hecho por Dios con Abrahám y su descendencia. Debía el niño circuncidarse á los ocho días, y ésto no sólo por precepto obligatorio para sus padres, sino también por razón de ser medio necesario para la salvación de los niños hebreos, cuya alma sería borrada, si no estaban circuncidados, del libro del pueblo de Dios.

De lo cual se colige que la circuncisión era un sacramento y el primero de la Ley antigua, destinado á quitar, si no por propia virtud, á lo menos por la fe de los padres del niño circuncidado, el pecado original, y á ser como la puerta para entrar en el pueblo de Dios. Era, por consiguiente, figura del Bautismo, destinada á desaparecer, como en efecto desapareció, cuando fuese instituido ese sacramento. Y, así como ahora se le dan al niño que se bautiza padrinos que hagan en su nombre profesión de fe, así era aquella ceremonia una protestación de la fe de Abrahám, el cual se llama por esta razón Padre de los creyentes (2).

Esta es, pues, la ceremonia que con el Niño Dios practicaron sus padres, y en la cual le pusieron el nombre de Jesús. Porque, aunque es de saber que á Jesús no le obligaba la ley de la circuncisión, ni de ella tenía necesidad para la santificación de su alma, pues era eminentemente santa por la unión con el Verbo divino, quiso, sin embargo, sujetarse á tal ceremonia para darnos ejemplo de obediencia y humildad y para otros muchos y todos muy santos fines, como nos lo dice Santo Tomás en estas palabras:

«Por muchas razones debió circuncidarse Cristo. Primero, para manifestar la verdad de la carne humana contra (el hereje) Manes, que dijo que Jesús tenía un cuerpo fantástico (no real); y contra Apolinar, que dijo que el cuerpo de Cristo era consustancial á la divinidad; y contra Valentino, que dijo que Cristo había traído su cuerpo del cielo. En segundo lugar para aprobar (con su ejemplo) la circuncisión, que había Dios instituido en otro tiempo.

(1) *Libro del Génesis*, cap. 17, vers. 1.^o al 14.

(2) Véase Santo Tomás en su *Suma Teológ.*, 1.^a y 2.^{ae} Cuest., 102 y 103, y 3.^a part., Cuestiones 37.^a á la 70.^a

En tercer lugar, para demostrar que era del linaje de Abrahám, el cual había recibido el mandato de la circuncisión en señal de la fe recibida de Dios. En cuarto lugar, para quitar á los judíos toda disculpa de no recibirlo (por Mesías), alegando que estaba por circuncidar..... En sexto lugar, para no despreciar el remedio con que se acostumbraba á limpiar la carne del pecado, ya que El había venido (á este mundo) bajo la semejanza (no realidad) de carne pecadora. En séptimo lugar, para que, sosteniendo El sobre sí el peso de la ley, pudiera librar de esa pesada ley á los demás, según aquello que trae el Apóstol en su carta á los Gálatas (4, 4): «Envió Dios á su Hijo hecho (hombre) bajo (el dominio de) la ley, á fin de redimir á aquellos que á la ley estaban sujetos» (1).

Otra muy poderosa razón paréceme á mí que sería el gran deseo que el Niño de Dios tenía de comenzar á padecer y derramar su purísima sangre por amor á los hombres; y, pues que en la circuncisión era costumbre imponerles nombre á los niños, y el suyo iba á ser el de Jesús, que quiere decir Salvador, tenía grande anhelo de ser circuncidado por dar comienzo á la obra de salvar á la humanidad que su Padre le había en el cielo encomendado.

Referido este incidente de la circuncisión, pasemos ya, pues es hora, á hablar algo del dulce nombre de Jesús.

El nombre de Jesús trae su nacimiento del IEHOSUAH, palabra hebrea ó sira, y que significa Salvador; de lo cual sale que es el verdadero nombre del Hijo de Dios, hecho hombre; pues no á otra cosa vino á este mundo, sinó para ser Salvador nuestro y traernos la verdadera salud, que es la salud del alma. Díjolo claramente el Angel: Llamarse ha Jesús, porque El salvará á su pueblo de los pecados de ellos.

Dijéronlo también más tarde los Angeles á los pastores de Belén: Grande gozo, decían, os anunciamos; y es que ha nacido para vosotros el Salvador del mundo. Si, pues, los nombres son el espejo de las cosas por ellos designadas, y muy especialmente si son puestos por Dios, el cual, como todo lo conoce, así lo llama por su nombre verdadero, no hay que dudar que Cristo será realmente nuestra salvación. «Pues se llama salud Cristo, cierto será que lo es, dice el maestro Luis de León; y si lo es, que lo es para nosotros. Porque para sí no tiene necesidad de salud, el que en sí no *padescer* falta ni tiene miedo de *padescerla*. Y, si para nosotros Cristo es Jesús y salud, bien se entiende que tenemos enfermedad nosotros, para cuyo remedio se ordena la salud de Jesús» (2).

Así lo confesó muy lleno de alta y santa admiración el anciano Simeón en el Templo de Jerusalém, y delante de un muy crecido concurso de gente en el día de la presentación del Niño y

(1) *Suma Teológ.*, 3.^a parte, Cuest. 37.^a, art. 1.^o, en el cuerpo.

(2) *Los Nombres de Cristo*; libro 3.^o, palabra *Jesús*.

de la purificación de la Madre. Tomando el anciano al Niño en sus brazos, entonó este himno admirable. «Ahora, Señor, ya puedes despachar á tu siervo (de este para el otro mundo), pues han visto mis ojos la tu fuente de salud, que has aparejado ante la haz de todos los pueblos: lumbré es para iluminacion de las gentes, y para gloria de Israel, tu pueblo» (1).

Mas, después que comenzó Jesucristo su vida pública, muestra grande empeño en convencer á los Apóstoles, á los discípulos y turbas que le rodeaban de que El era el verdadero Salvador del mundo y que no buscasen la salvación de su alma-á no ser por medio de El. El Hijo del hombre, les dice, ha venido á salvar lo que había perecido (2). Y en otro lugar les dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie, pues, puede entrar en la gloria del Padre á no ser por mí (3). Por eso, al despedirse de sus discípulos, y dirigiéndose á su eterno Padre, exclama: Padre mío, los que me has dado los he guardado, y nadie de ellos se ha perdido, á no ser el hijo de perdición; yo te ruego, Padre mío, que los salves en mi nombre (4). Pero no cabe dudar que el Padre dió á su Hijo la misión de salvar á todos los hombres; pues le dice: Pídeme y te daré por herencia y posesión á todas las gentes hasta los confines de la tierra. Y esto es á lo que envió Dios á su Hijo al mundo: no á juzgar al mundo sinó para que por medio de El, el mundo se salve (5). Y, cuando en el madero de la Cruz dijo aquellas tan grandes palabras: Ya todo está consumado, ¿á qué cosa creeremos que podría referirse, sinó es á la obra magna y exclusivamente divina de la redención salvadora del género humano?

Confesáronlo así también sus discípulos, pues en aquella ocasión que se embarcaron en el lago de Galilea, y la tempestad, semejanza de las tentaciones y peligros en que andan las almas, amenazaba sumergir en lo profundo la barquilla en que iban, no á otro, sinó sólo á Jesucristo acuden en demanda de salvación. Señor, le dicen, sálvanos tú, que sinó perecemos (6). Cuando dieron los Apóstoles comienzo á su predicación y San Pedro y San Juan curaron con tanta presteza al tullido que se sentaba á la puerta del Templo, llamada Preciosa, ¿quién duda que lo hicieron en el nombre de Jesús, cuyo nombre con sólo invocarlo empezaba á dar tales pruebas de ser nombre de salud? Bien claramente dijeron esto los Apóstoles: al responder á los Príncipes de los judíos que les preguntaban en nombre de quién obraban aquellos milagros y predicaban, dijeron por boca de San Pedro: «Príncipes y sacerdotes del pueblo (judío), oid: Sea conocido á

(1) San Luc., capt. 2, vers. 29 y sig.

(2) San Lucas, 19, 10.

(3) San Juan, 14, 6.

(4) San Juan, 17, 12.

(5) Salmista, 2, 8, y San Juan, 3, 7.

(6) San Mateo, cap. 8.º, ver. 25, y Luc., cap. 8.º, ver. 24.

todos vosotros y á toda la nación de Israel, que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis y á quien Dios resucitó de entre los muertos, en este (nombre) está este (tullido antes, ahora) sano en vuestra presencia... Y no hay (posibilidad de) salvación en otro alguno. Porque no hay otro nombre, dado bajo del cielo á los hombres, en el cual podamos hacernos salvos» (1).

Aquí no sólo confiesa San Pedro, y con él los demás Apóstoles, que Jesús es Salvador de los hombres, más también, que es el único Salvador, dado caso que nadie, á no ser por él, se puede salvar. Y esta confesión de San Pedro, reflejo es de lo que había oído á Jesús, de que nadie podía entrar en la gloria del Padre si él no lo llevaba.

Bien pública y solemnemente lo confiesa también el Discípulo Amado en esta muy tierna manera. Carísimos: En esto se manifestó la grande caridad de Dios para con nosotros; en que Dios envió á su Hijo unigénito, para que vivamos por él. En esto consiste la verdadera caridad, pues no fué movido á ello porque nosotros le amásemos á Dios antes, sinó porque él primero nos amó á nosotros, y nos envió á su Hijo para que fuera propiciación por nuestros pecados.

Y nosotros vimos (con nuestros propios ojos), y damos testimonio, que el Padre envió á su Hijo, como Salvador del mundo» (2).

Por eso vemos que aquel gran vaso de elección, llamado Pablo, que en el día de su conversión, derribado como estaba de su caballo, oyera de boca del mismo Cristo: Yo soy Jesús, á quien tú andas persiguiendo, (en mis discípulos), no se cansa de confesar á ese su Jesús como verdadero Salvador del mundo. Dícelo en esta leal y nobilísima forma á su discípulo Timoteo. «Gracias doy á aquel que me dió fortaleza, á Cristo Jesús Señor Nuestro... porque yo primero fuí blasfemo, y perseguidor y afrentador; pero he conseguido misericordia de Dios, porque lo hacía con ignorancia en mi incredulidad. Pero sobreabundó la gracia de Nuestro Señor, con la fe y con el amor que está en Cristo Jesús. Este es el sermón fiel y digno de toda aceptación: Que Cristo Jesús vino á este mundo á dar salvación á los pecadores, entre los cuales soy yo el primero. Mas por esto he conseguido (entre otros motivos) misericordia; para manifestar Cristo Jesús toda su paciencia en mí, con el intento de servir de modelo de confianza á todos aquellos que han de creer en él, para la vida eterna. Así, pues, al Rey inmortal de los siglos, invisible y sólo Dios, honor y gloria (se le ha de dar) por los siglos de los siglos. Amén» (3).

(1) *Hechos de los Apóstoles*; 4, 8 al 12.

(2) 1.^a Carta de San Juan, capt. 4.^o, vers. 9 al 14.

(3) 1.^a Carta á Timoteo, capt. 1.^o, vers. 12 al 17.

(Continuará.)

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica X después de Pentecostés

San Lucas en su Evangelio, cap. 18, v. 9 al 14, nos dice: «Dos hombres subieron al templo á orar; el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando de pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios!, gracias te doy porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana; doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun levantar los ojos al cielo, sino que hería su pecho diciendo. ¡Oh Dios!, muéstrate propicio á mí, pecador. Pues bien, yo os digo, que éste y no aquel regresó á su casa justificado; porque todo el que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado». El Evangelio de este día, por una parte, quiere enseñarnos á orar bien, y por otra nos muestra la necesidad de ser humildes.

Un diamante, dice un escritor, vale lo mismo puesto en manos de un rústico que en las de un lapidario. El primero no conoce el valor de la preciosa joya y apenas se acuerda de ella, mas el segundo, con su inteligencia artística, lo estima en lo que vale y casi no puede apartar de ella su pensamiento. Semejanza es esta de lo que acontece con la oración. Esta es un diamante espiritual que no se sabe, ó á lo menos no se reflexiona lo que vale, y por eso ni se estima bien, ni bien se ora. Es una lástima la negligencia que continuamente estamos experimentando, y menester es que el cristiano considere atentamente el diamante precioso de la oración. No hay tesoro ni perla preciosa á ella comparable, dijo San Efrén, pero siempre que se haga con las debidas condiciones y como Dios manda, con el corazón y con los labios. La oración se define diciendo que es un movimiento del alma que se dirige á Dios pidiendo la salvación, ó lo que á la salvación convenga. San Juan Damasceno dice que la oración es *elevatio mentis ad Deum*, levantar nuestra mente á Dios, ora sea alabándole, ora dándole gracias, ora pidiéndole beneficios, que estas son las tres formas de orar; pero de cualquier manera que se haga requiere ciertas y determinadas condiciones, sin las cuales resultaría ineficaz y aun á veces pecaminosa; por eso interesa bien que nos fijemos mucho en el Evangelio de este día, donde el Señor combate en la persona del fariseo los defectos principales, á saber: la *soberbia*, la *injusticia* y la *ceguedad*.

La soberbia para con Dios, ante cuya soberana majestad se presenta aquél con altanería; la injusticia para con el prójimo, á quien mira como perverso; la ceguiedad respecto de sí mismo, no conociendo sus defectos. Nosotros no perdamos de vista estos defectos con el fin de poderlos evitar, y para ello es necesario me-

ditar la conducta del fariseo y ver lo que alcanzó con su manera de orar.

Por el contrario, la oración del publicano pone á nuestra consideración tres cualidades completamente opuestas. La primera es la humildad para con Dios; segunda, justicia para con el prójimo, y tercera, el conocimiento de sí propio. ¡Bienaventurado el hombre que aprende á conocerse para despreciarse, y á conocer á Dios para amarle! Oigamos al Sagrado Evangelista. Dice así: *El publicano, quedándose á lo lejos, no osaba ni aun levantar los ojos al cielo.* ¡Qué humildad! No subió arriba, cerca del santuario como el fariseo, sino que se quedó lejos, *a longe*. Como si dijéramos, escondido, apartado allá en el lugar más ínfimo del templo. Parece que se están viendo los sentimientos humildes de su corazón: por una parte considera la majestad infinita de Dios, á quien viene á adorar, y su santidad, que pone admiración á los ángeles, y el horror que tiene á la más pequeña culpa; por otra, considera su extrema bajeza y sus imperfecciones, y en vez de adelantarse, como el fariseo, hasta el mismo santuario, y en vez de ponerse con el pueblo en sitio destinado al efecto, apenas se atreve á entrar en el templo; tiembla al acercarse, porque sabe que *este lugar terrible es la casa de Dios y la puerta del Cielo*, se postra con el rostro en tierra con la más grande humildad, y ni aun se atreve á levantar los ojos al cielo. El publicano nos da una lección de humildad para cuando entremos en las iglesias.

Mucho conviene estar con devoto recogimiento de potencias y sentidos y además con santos y humildes pensamientos, no olvidando nunca que la humildad es la primera disposición para que Dios nos oiga en nuestras oraciones; así lo dice El mismo en sus sagradas páginas.

Y si grande fué la humildad del publicano para con Dios, no fué menos su justicia para con el prójimo. El fariseo fué injusto, queriendo ocupar el primer puesto junto al santuario. El publicano fué *justo*, complaciéndose en el último lugar. El fariseo fué injusto en condenar á todos los hombres como pecadores; el publicano fué *justo*, reputándose más pecador que todos. El fariseo fué injusto dando malos ejemplos á los circunstantes; el publicano fué *justo*, edificando á todos cuantos fueron testigos de su oración. El fariseo fué injusto por su arrogancia; el publicano fué *justo* por su humildad, no bastándole reconocer su indignidad en su interior, sino queriendo que así lo entendieran todos los hombres, y por eso dice el Evangelio que se daba golpes de pecho: *Percutiebat pectus suam*. Después de reflexionar sobre la conducta del publicano en el templo, otra cosa no nos resta sino tomarlo como modelo de imitación. De la misma manera que él, se presenta delante del Señor, así nos debemos presentar nosotros. Muy justo es que en nuestras oraciones nos consideremos delante de Dios como los mayores pecadores, y cómo los últimos entre los

hombres, á semejanza de San Pablo, cuando al hablar de los designios de Jesucristo al venir á este mundo para salvar á los pecadores, dijo: *Entre los cuzles soy yo el primero.* ¿Y qué diremos del conocimiento de sí mismo que mostró el publicano en su oración? Dios mío, decía, tened piedad de mí que soy pecador. Así es justo que oremos todos: ¿Quién hay que no sea pecador delante de Dios? ¿Quién que no necesite de su piedad? ¿Quién que no deba humillarse ante su Majestad Divina? El fariseo decía á Dios: Gracias te doy, Señor, porque no soy como los demás hombres. El publicano, por el contrario: Dios mío, tened piedad de mi, que soy pecador. Así aconteció lo que no podía menos de acontecer: que el fariseo, con todas sus ponderadas virtudes, salió del templo más culpable que entró; y en tanto, el publicano volvió á su casa enteramente justificado. Y la razón de todo esto la da el mismo Jesucristo cuando dice: Todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Ya veis, cristianos, cuánto importa la humildad en nuestras oraciones. Todos somos pecadores; todos tenemos motivos de humillarnos; todos somos necesitados delante de Dios; todos necesitamos pedirle y á todos se complace en dar: pero no olvidemos que es precisa la humildad. Escrito está que la oración del humilde penetrará las nubes, y que no reposará hasta que llegue á la presencia del Señor, y el Altísimo la atiende. (Eccles., 35-21). Todos, pues, hemos de acudir al templo como el publicano de este día, y no cansarnos de repetir una y mil veces sus mismas palabras, diciendo: Apíadate de mí, Dios mío, que soy un grande pecador. Pues haciéndolo así, el Señor oirá nuestras súplicas y quedaremos justificados en su divina presencia.

No olvidemos nunca las palabras de Jesucristo por San Mateo: Pedid y recibiréis. Pedid por medio de la oración, porque es necesario orar siempre y nunca dejar de orar. De corazones cristianos, nobles y agradecidos es el orar en la presencia del Señor; no desmayemos nunca en la oración; Dios, que es todo bondad, nos concederá lo que le pidamos, si nos conviene, para la salvación de nuestra alma. Ejemplo de esta verdad tenemos en las sagradas páginas. El Rey Ezequías pidió al Señor la salud, y el Señor se la concedió, añadiéndole quince años de vida y una victoria milagrosa contra los Asirios. Salomón pidió sabiduría, y Dios se la otorgó, acompañada de inmensas riquezas. Daniel pedía libertad para el pueblo cautivo en Babilonia, y Dios añadió la promesa de la venida del Mesías para rescatar al pueblo del cautiverio del demonio. David pedía un hijo, y éste hijo fué el Redentor del Universo. Por esto decía Sta. Teresa de Jesús: Dadme una alma que tenga un cuarto de oración cada día y os la daré santificada. O dejará el pecado, ó la oración.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

La tercera de las virtudes intelectuales es la inteligencia: consiste en un hábito que perfecciona nuestro espíritu disponiéndole á la noción de los principios de las cosas en sí mismas, hecha abstracción de las conclusiones que se arguyen (1). El hombre dotado de esta admirable virtud ve la verdad en su pureza; nada más elocuente que su palabra; nada más persuasivo que sus observaciones; nada más concluyente que sus afirmaciones. ¡Cuán necesaria nos es esta inteligencia para desvanecer las nubes y tinieblas que los sofismas de otros ó nuestras propias pasiones esparcen hoy más que nunca sobre los principios más incontestables, sobre las verdades más necesarias al sostén de la Religión, de la sociedad ó de la familia! Tal es, según el oráculo del Espíritu Santo, el efecto especial de esta virtud, la que sin cesar hemos de pedir á Dios y formar en nosotros, sacudiendo el imperio de los sentidos y las especulaciones del interés, y poniendo en práctica la reflexión (2).

La sabiduría, la ciencia y la inteligencia, son las tres grandes virtudes que perfeccionan nuestro espíritu; todas tres van dirigidas á un mismo objeto, distinguiéndose entre sí, no por su índole íntima, sino por su superioridad relativa. Así la ciencia depende de la inteligencia, al paso que una y otra dependen de la sabiduría, que á las dos abarca, extendiéndose igualmente á los efectos y á las conclusiones de las ciencias, y á los principios de donde las mismas emanan.

Las virtudes morales, que son las que reconocen por base nuestras inclinaciones y tendencias, perfeccionan la voluntad del hombre para la práctica del bien y para el buen empleo de su razón. Si sólo nos hacen obrar por un motivo natural, no pasan de ser meramente morales y humanas, estériles para la salud; pero si reconocen por móvil la fe, conviértense en sobrenaturales, cristianas y meritorias para la vida eterna (3). No todas las virtudes morales están en la misma línea, pues hay cuatro, á saber, la *prudencia*, la *justicia*, la *fortaleza* y la *templanza*, llamadas *cardi-*

(1) D. Thom., 1, 2, q. 57, art. 2.

(2) Baruch, III, 14.

(3) D. Thom. 1, 2, q. 58, art. 3.

virtudes, porque son como la base y origen de todas las demás: en efecto, la prudencia regula el entendimiento; la justicia la voluntad; la templanza el apetito concupiscible, y la fortaleza el apetito irascible (1).

La prudencia es la ciencia práctica de aquello que importa hacer y que importa evitar (2): su oficio es mostrarnos en cuanto decimos, hacemos ó vedamos el fin á do debemos tender, los medios oportunos, las circunstancias de lugar y tiempo y otras semejantes, para que nuestras acciones sean buenas en todos conceptos. Esto hace que se llame á la prudencia maestra de las virtudes; porque respecto á todas es lo que el ojo al cuerpo, la sal á los alimentos y el astro del día al universo: no hay otra más necesaria ni más formalmente encarecida por Nuestro Señor: ella es la verdadera ciencia de los Santos (3); ella domina todas las potencias del alma, explotándolas para sus fines: á la memoria, obligándola á acordarse de la experiencia ajena y de la propia, de las faltas ajenas y de las nuestras, para precaver nuevas caídas, recordando las ocasiones del mal para evitarlas; al entendimiento ilustrándole acerca de los fines que nos debemos proponer, sobre los hombres y sus disposiciones; finalmente, á la voluntad, dirigiéndola en todas sus operaciones.

La prudencia se extiende á todo, con diferentes nombres, según los objetos á que se aplica; la *personal* enseña á cada uno la manera de conducirse relativamente á sí mismo, á su alma y á su cuerpo; la *doméstica* enseña á los padres y madres el modo de criar á sus hijos, á dirigir sus miras espirituales y temporales y llenar sus obligaciones entre sí; la *política* enseña á los optímates de las naciones, en la jerarquía espiritual ó temporal, á dirigir á sus subalternos y hacerles cumplir las leyes divinas, eclesiásticas y civiles; la *legislativa* enseña á los legisladores á dictar leyes sabias, justas, convenientes y adaptadas al bienestar de los pueblos; finalmente, la *militar* enseña á los caudillos las reglas necesarias para combatir con éxito y triunfar con moderación (4).

A la prudencia se refieren virtudes especiales que nacen de ella como hijas de su madre, y son la *previsión*, que conjetura y conoce de antemano el medio de salir bien de alguna empresa; la

(1) Belar., Doctr. crist., pág. 209.

(2) S. Aug., De libero arbitrio., lib. I, cap. 13.

(3) Prob. IX, 10.—Matth. X, 16.

(4) D. Thom., 2, 2, q. 50, art. 1.

circunspección, que, pesando las cosas con madurez, no deja nada al acaso; el *discernimiento*, que después de examinar el pro y el contra, acuerda el partido más certero y los medios más propios de conseguirlo; la *desconfianza de sí mismo*, y la *docilidad* en seguir el dictamen de los sabios.

También á la prudencia se oponen dos clases de vicios, unos por defecto y otros por exceso, puesto que esa virtud, así como las restantes morales, consiste en un justo medio que dista por igual de sus extremos. Los primeros son en número de cinco: 1.º la *precipitación*, que consiste en arrojarse á lo que se ofrece sin consultar con nadie; vicio que origina hartos deslices, más ó menos graves, según las circunstancias; 2.º la *inconsideración*, que juzga, decide y obra sin cálculo ó examen suficiente; 3.º la *inconstancia*, que sin fundado motivo retrae de una determinación adoptada con madurez; 4.º la *negligencia*, que hace omitir los medios conducentes para la ejecución de un proyecto decidido; 5.º la *imprudencia*, que no atiende á dificultades, á riesgos ni á reflexiones, exponiendo á marchar en falso, y á cometer yerros y aun graves pecados. Los segundos son también cinco: 1.º la *prudencia carnal*, que dirige nuestra conducta siguiendo las miras y los apetitos de la corrompida naturaleza; 2.º la *astucia*, que es el arte de buscar medios para burlar al prójimo; 3.º el *artificio*, que es el modo de poner en juego estos pérfidos manejos por obra ó de palabra; 4.º el *fraude*, que es la ejecución, por hechos positivos, de la astucia y del artificio, como usar pesas ó monedas falsas en el comercio; 5.º la *demasiada sollicitud* por las cosas temporales. ¡Qué miseria la de estos prudentes del siglo, los cuales, concretándolo todo á su interés personal, no tienen escrúpulos en la elección de planes y los medios de ejecución! Pero ya vendrá día en que se verá fueron los más imprudentes, por comprometer tras efímeros logros la posesión del supremo Bien.

Respecto á los medios de adquirir la prudencia cristiana, única de que aquí se trata, y que por esencia consiste en la voluntad de acomodarlo todo á la salvación y perderlo todo antes que el alma, el primero es pedírsela á Dios; el segundo tomar consejo de sujetos sabios, probos y discretos; el tercero preguntarse siempre antes de obrar: ¿Qué relación tiene este acto con mi eterna salud?

(Continuará).



CUENTO

El Zapatero y su parroquiano.

Al principio del siglo pasado vivía en Lyón un zapatero, llamado Berthier, que tenía por costumbre trabajar en un portalillo, aun en las mañanas de los Domingos y días de fiesta. Un vecino parroquiano suyo, que vivía frente por frente, hombre piadoso y amante de la santificación de las fiestas, sufría con esta infracción de los preceptos de Dios y de la Iglesia y no pudo menos de dirigirle un día sus amistosas reprensiones. Pero el zapatero le contestó que no podía menos de trabajar en tales días.—Usted, querido vecino, le dijo, es rico y puede descansar el Domingo, sin temor del más pequeño perjuicio; pero yo estoy abrumado de una numerosa familia y experimentarí mucho daño dejando de trabajar. Además son muchos los pedidos que tengo y difícilmente podría cumplirlos si no trabajara las mañanas de los días festivos. Estas excusas no llegaron á satisfacer al buen vecino, y moviendo la cabeza, dijo al zapatero en tono afectuoso:—«No pretendo que ni tú ni tu familia sufran el más pequeño perjuicio, y te prevengo que estoy dispuesto á compensar todo lo que perdáis, si durante medio año dejas de trabajar en los días de fiesta y asistes á los divinos Oficios que se celebren en la iglesia. ¿Aceptas la proposición?—«De muy buen grado, contestó el zapatero. Más me gusta descansar en la iglesia que trabajar, mucho más reparando usted las pérdidas que yo pueda sufrir». Los dos vecinos se estrecharon cariñosamente la mano en señal de haber terminado su contrato.

Cuando pasaron los seis meses, el buen vecino fué á visitar al zapatero y no pudo menos de decirle:—«Bravo, mi querido amigo, has cumplido fielmente tu palabra y yo quiero cumplirte la mía. Dime cuál ha sido tu pérdida en este medio año y te la pagaré fielmente».

—Debo decir á usted con toda verdad, respondió el zapatero, que nada absolutamente me debe. Antes al contrario, yo soy el deudor: porque su consejo, en vez de dañarme, ha sido para mí muy provechoso; me ha producido mucha dicha y mi casa está perfectamente ordenada.

Los principios, sin duda alguna, han sido algo penosos; siempre me quedaba algo por hacer, pero la idea de que Ud. había de reparar la pérdida, y mi palabra empeñada, me han hecho fiel en la santificación del Domingo. He asistido constantemente á la Misa parroquial, y al oír el sermón, que hacía muchos años que no oía, he aprendido una porción de cosas que tenía olvidadas. Mi carácter ha cambiado: me he hecho sufrido, he sabido contener mi genio, que no era muy bueno, y sobre todo, he tomado gusto á la ora-

ción. Es verdaderamente increíble la mudanza que en mí se ha verificado; he comenzado á respirar más libremente, porque hasta entonces no me ocupaba más que de los negocios y asuntos temporales. He experimentado una satisfacción inexplicable en todo mi ser, sobre todo después de haber purificado mi alma, por medio de la confesión de tantas faltas y manchas cometidas durante muchos años y de haberla fortificado, sentándome en la Mesa Santa y participando del Pan de los Ángeles. Por otra parte el trabajo del lunes se hacía con más facilidad: me encontraba renovado y he trabajado con más ardor el resto de la semana. Antes como yo no conocía lo que era paciencia, la cosa más pequeña hacía que montase en cólera, y en mi furor tan pronto desgarraba un pedazo de cuero, como hacía pedazos una herramienta. Dos veces me ocasionó mi cólera una fiebre biliosa que me causó grandes gastos, aparte de que me impidió trabajar. Pero, después de seguir el consejo de usted, me he vuelto de otro carácter: me parece que ha desaparecido la nube que yo tenía delante de mis ojos; que mi cuerpo se ha fortificado; que mi brazo ha adquirido nuevas fuerzas. Ordinariamente he acabado todo mi trabajo á las tres de la tarde del sábado, y sin embargo los pedidos van en aumento de día en día. En otros tiempos me llamaban el zapatero colérico ó el gruñón sempiterno, y así es que las criadas, llenas de temor hacia mí, llevaban el trabajo á otro, aun cuando sus amos las dirigieran á mi casa. Hoy he perdido ya ese apodo y por todas partes no veo más que caras sonrientes, y así me presento yo ante todos.—Pero, querido vecino, replicó el parroquiano: no te incomodes si yo ahora te pregunto: ¿Qué se ha hecho de tus asuntos? Antes no había en tu casa más que disgustos y querellas.... ¡Ah!, sí, replicó el zapatero, la vergüenza y el rubor siempre sobre nuestro rostro; pero ahora, ya es otra cosa. Entonces siempre creía yo que mi mujer se equivocaba y que yo siempre tenía razón: mi cólera y mi obstinación fueron causa de escenas tristes y numerosas, de las que yo me avergüenzo. En tanto ahora vivimos en la mayor armonía; la caridad y la paz reinan entre nosotros; nuestros hijos son mejores, porque no ven ya aquellos malos ejemplos.

Conmovido profundamente el parroquiano sacó su bolsillo y entregó al zapatero una buena cantidad, diciéndole: «Acepta esto como un recuerdo de mi afecto. Como no podía prever que siguiendo mi consejo, no habías de sufrir pérdida alguna, todos los meses, después de nuestro contrato, he separado algunas monedas para poder cumplir mi compromiso. Acepta este recuerdo como una señal de la satisfacción que me embarga al ver el buen éxito de mis advertencias. Has experimentado que el descanso del Domingo es tan bienhechor del alma como del cuerpo y de la familia, y por tanto de la sociedad, y por otra parte, que si hace-

mos todo lo que de nosotros depende, Dios jamás deja de venir en nuestra ayuda.

(*Catéchisme d'Hauteville.*)



Liturgia.

(Continuación).

Esta era la ceremonia del día de Ceniza para los pecadores públicos, cuyos enormes pecados habían hecho mucho ruido y causado escándalo, y para los que la disciplina canónica había señalado penitencia pública. Bien pronto se vió, á un considerable número de cristianos piadosos, mezclarse, por humildad, con los pecadores públicos. Los fieles, que voluntariamente se unían á aquéllos, á la vez que querían consolarlos y fortificarlos con su ejemplo, ellos mismos se perfeccionaban persuadidos, como estaban conforme á la palabra de Jesucristo, que no háy nadie, por inocente que se crea, que no tenga necesidad de hacer penitencia. Allá por el siglo XI, la penitencia pública empezó á caer en desuso; viendo multiplicarse estos ejemplos de expiación voluntaria. Mas la Iglesia, después de la abolición de la penitencia pública, no queriendo privar á sus hijos de las graves enseñanzas encerradas en la ceremonia de la ceniza, conservó la costumbre de imponerla al principio de Cuaresma, siendo en el día de hoy una de las ceremonias esenciales de la Liturgia romana, acercándose en otros tiempos los fieles á recibir este aviso solemne de la pequeñez del hombre con los pies desnudos en signo de humildad.

Imponente y majestuosa era la imposición de la Ceniza en Roma, según nos la describe Cencio, Canciller de la Iglesia Romana en el Pontificado de Celestino III, á fines del siglo XII (1).

El miércoles se dirigía el Papa, montado á caballo, y acompañado de los Cardenales y Obispos, á la iglesia de Santa Anastasia. Llegado á ella pasaba al *sacrarium* (sacristía), en donde se revestía de los ornamentos pontificales, como igualmente los que le acompañaban. Durante este tiempo, el Cardenal-Presbítero más moderno hacía la bendición de la ceniza. El Papa, con los Cardenales, marchaba á sentarse en su silla, colocada detrás del altar, y entonces el primero de los Obispos le imponía la ceniza, pronunciando las palabras: *Memento, o homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris*. Acto seguido el Santo Padre practicaba igual imposición á los Cardenales, Obispos y demás órdenes. Terminada esta ceremonia, el Papa, con los pies desnudos, seguía la procesión que iba á terminar á la iglesia de Santa Sabina, colo-

(1) XII. Ordo roman.

cada sobre el Aventino. Inmediatamente delante del Papa iba la cruz pontifical llevada por un subdiácono, al que precedía otro con la cruz de la iglesia de San Pedro. Llegados á Santa Sabina, Su Santidad entraba en la sacristía, en donde los oficiales, conocidos con el nombre de *schola mappulariorum y cubiculariorum*, lavaban los pies del Pontífice con agua caliente, teniendo lugar inmediatamente la Misa, que cantaba el mismo Papa, con lo que terminaba la función. De nuevo montaba el Santo Padre sobre su palafren, regresando á su Palacio. Así se explica por qué á la cabeza de la misa de este día se leen las palabras *Ad Sanctam Sabinam*, siendo aún hoy día la estación del miércoles de Ceniza á la mencionada iglesia de Santa Sabina.

Costumbres curiosas sobre la misma ceremonia encontramos en los escritos del siglo XV y XVI: únicamente citaremos lo que practicaban en Alberstad, y que describe Eneas Silvio, que llegó á ser Papa con el nombre de Pío II (1).

«Cada año buscábase en Alberstad á un hombre del pueblo á quien se le reputaba manchado de los más enormes pecados; se le revestía de traje de luto, cubriéndole la cabeza por completo, y enseguida se le conducía á la iglesia en el miércoles de Ceniza, de cuyo lugar se le arrojaba tan pronto como acaban los divinos oficios. Por espacio de cuarenta días se le veía recorrer la población con los pies desnudos y dar vueltas alrededor de los edificios sagrados, sin entrar en ellos y sin hablar con persona alguna. Invitado por los Canónigos, comía lo que se le servía, y dadas las doce de la noche, permitíasele dormir en las plazas públicas. El día de Jueves Santo, después de la consagración de los Santos Oleos, se le volvía á traer á la iglesia, en donde después de haber orado, se le quitaba el vestido de penitencia y se le absolvía de sus pecados; entonces el pueblo le ofrecía dinero, que lejos de guardar para él, lo cedía en beneficio de la Iglesia. A este hombre se le daba el nombre de *Adam*. Sin duda alguna los habitantes de Alberstad así llamaban á este hombre, porque de criminal que era, por la penitencia hecha por sus pecados y por la absolución que de ellos había recibido, era ya inocente y puro como lo había sido Adán antes de su caída; y tan persuadidos estaban de ello, que creían que la absolución dada á este criminal y su expiación aprovechaba á todos sus conciudadanos.

Nada decimos del comienzo del ayuno en este día por haber expuesto suficientemente, al escribir sobre el tiempo de Septuagésima, las causas que hubo para ello: omitimos, igualmente, otros datos curiosos por no alargar demasiado este artículo, pasando á poner de manifiesto el simbolismo de la ceremonia de la ceniza, al par que las suaves instrucciones contenidas en la misa de este día y de los tres siguientes.

(1) «Histoire d'Europe», ch. XXXII.



Noticias generales.

Agradecemos al Sr. Gobernador civil de esta provincia el atento ofrecimiento que ha tenido á bien dirigirnos, y por nuestra parte ponemos á su disposición todo cuanto es y vale nuestra humilde Revista, y le felicitamos por su toma de posesión.

*** Al ir á hacerse el inventario en la iglesia de Lédos, departamento de Tarsi, un agente dió una bofetada á una joven que se había colocado delante de la puerta del templo para impedir la entrada del liquidador.

—Vais á hacer que os lleve á la cárcel—la dijo el agente.

—No me importa.

—Os exponéis á que os maten en el tumulto.

—Sólo se muere una vez, y ¿qué mejor manera de morir que defendiendo su Iglesia?

*** Refiere el periódico *La Croix* que una comisión de señoras se presentó al Gobernador de Lorieut para protestar contra la orden del Consejo municipal mandando quitar el Crucifijo de los cementerios. La comisión la formaban 6.000 señoras pertenecientes á todas las clases sociales, que se agrupaban delante del Municipio; el Gobernador mandó á los bomberos soltasen las mangas de riego para dispersar el grupo de aquellas fervientes católicas.

La impiedad ni aun la buena educación reconoce.

Santorial.

Día 12, Domingo X después de Pentecostés. Stos. Erenlano, ob. cf.; Porcario, ab.; Stas. Clara, vg. fund., é Hilaria, mr.

Día 13, lunes. Stos. Casiano, ob. mr.; Hipólito, mr.; Stas. Concordia, mr.; Centola y Elena, vgs. mrs.

Día 14, martes. Stos. Aecio, ob. mr.; Marcelo y Calixto, obs. mrs.; Eusebio, pbro.; Sta. Anastasia, vda. *Vigilia.* AYUNÓ CON ABSTINENCIA DE CARNE.

Día 15, miércoles. LA ASUNCIÓN

DE NTRA. SEÑORA. Stos. Alipio y Arnulfo, obs. cfs.; Tarcisio, mr.; Neopol (vulgo Napoleón), mr.

Día 16, jueves. Stos. Roque, Jacinto y Arsacio. cfs.; Stas. Serena, esposa del emperador Diocleciano; Eufemia, vg. mr.

Día 17, viernes. Stos. Liberato, ab. mr.; Estraton, Filipo y Paulo mrs.; Sta. Juliana, mr.

Día 18, sábado. Stos. Fermín, ob. cf.; Agapito, Serapión, Floro y León, mrs.; Stas. Juliana, mr., y Elena, emperatriz.